

## Primavera sagrada

«¡Nuestro Señor recibe extraños huéspedes!» Tal era la exclamación favorita del estudiante Vinzenz Viktor Karsky, y la profería en toda ocasión, oportuna o no, con cierto aire de superioridad, que provenía quizá de que se contaba a sí mismo en el número de esos «extraños huéspedes». Desde hacía largo tiempo sus compañeros le tenían, en efecto, por un original. Lo estimaban por su cordialidad, aunque rayana a menudo en el sentimentalismo, compartían su

humor alegre, y lo dejaban solo cuando estaba triste. Por lo demás, soportaban y perdonaban gustosamente su «superioridad».

Esta superioridad de Vinzenz Viktor Karsky consistía en que hallaba para todas sus empresas logradas o abandonadas denominaciones soberbias. Y sin vanagloria, con la seguridad de hombre maduro, agregaba sus actos unos a otros, como se construye un muro de piedra sin defecto, capaz de desafiar los siglos.

Después de una buena comida, hablaba gustosamente de literatura, sin pronunciar jamás una palabra blasfema o crítica, y se limitaba, por el contrario, a honrar con una adhesión más o menos íntima las obras que aceptaba. Profería así sanciones definitivas. En cuanto a los libros que le parecían malos, no tenía costumbre de leerlos hasta el final, y sencillamente no hablaba

de ellos, aunque gozaran del favor general. Por otra parte, no afectaba ninguna reserva hacia sus amigos, relataba con una amable franqueza todo cuanto le acontecía, hasta los hechos más íntimos, y aguantaba buenamente que lo interrogaran sobre sus tentativas de «elevar hasta él» a pequeños proletarios. Era éste, en efecto, un rumor que corría acerca de Vinzenz Viktor Karsky. Sus ojos azules profundos y su voz acariciadora debían contribuir a sus éxitos. Parecía, en todo caso, decidido a aumentar sin cesar el número de aquéllos, y convertía con un celo de fundador de religión a innumerables muchachitas a su teoría de la felicidad. Ocurría, ciertas noches, que uno de sus camaradas lo encontrase, en el ejercicio de su sacerdocio, llevando ligeramente por el brazo a una compañera morena o rubia. Por lo general, la pequeña reía con todo el ros-

tro, en tanto Karsky hacía un gesto de lo más serio, que parecía significar: «¡Infatigable al servicio de la humanidad!». Pero cuando se contaba que tal o cual miembro de la amable pandilla era «atrapado» y se veía obligado a casarse, nuestro profesor ambulante y aureolado de éxito encogía sus anchos hombros esclavos y dejaba caer con desdén: «¡Sí, sí! ¡Nuestro Señor tiene extraños huéspedes!». Pero lo más extraño, en Vinzenz Viktor Karsky, es que había algo en su vida de lo que ninguno de sus amigos más íntimos sabía nada. Se lo callaba a sí mismo; porque no había hallado nombre para eso; y sin embargo, pensaba en ello, en verano, cuando iba a la puesta del sol, solitario, por un camino blanco; o en invierno, cuando el viento da vueltas en la chimenea de su salita, y densos montones de copos de nieve asaltaban sus ventanas,

remendadas con papel adherido; o también en la pequeña sala crepuscular del albergue, en el círculo de amigos. Entonces su vaso permanecía intacto. Contemplaba fijamente delante de él, como deslumbrado, o como se mira un fuego lejano, y sus manos blancas se juntaban involuntariamente. Se hubiera dicho que le había llegado alguna plegaria, por azar, así como llegan la risa o el bostezo.

Cuando la primavera hace su entrada en una pequeña ciudad, ¡qué fiesta se organiza! Semejantes a los brotes en su reprimida premura, los niños de cabezas doradas se empujan fuera de las habitaciones de aire pesado, y se van remolineando por la campiña, como llevados por el alacado viento tibio que tironea sus cabellos y sus delantales y arroja sobre ellos las primeras flores de los cerezos. Gozosos como si volvieran a

encontrar, después de una larga enfermedad, un viejo juguete del que hubieran estado mucho tiempo privados, reconocen todas las cosas, saludan a cada árbol, a cada breña, y se hacen contar por los arroyos jubilosos lo acaecido durante todo ese tiempo. Qué enajenamiento correr a través de la primera ladera verde, que cosquillea tímida y tiernamente los pequeños pies desnudos, brincar en persecución de las primeras mariposas que huyen dando grandes zig-zags enloquecidos por encima de las magras breñas de saúco y se pierden en el infinito azul pálido. Por todas partes la vida se agita. Bajo el sobradillo, sobre los hilos telegráficos que rojean, y hasta sobre el campanario, muy cerca de la vieja campana gruñona, las golondrinas realizan sus citas. Los niños miran con sus grandes ojos asombrados los pájaros migradores que vuelven

a hallar su amado viejo nido; y el padre retira de los rosales sus mantos de paja, y la madre, de pequeñas impaciencias, sus calientes franelas. Los viejos también cruzan su umbral con paso temeroso, se frotan las manos arrugadas, parpadean en la luz chorreante. Se llaman el uno al otro: «¡Pequeño viejol!», y no quieren dejar ver que están conmovidos y dichosos. Pero sus ojos los traicionan, y ambos agradecen en su corazón: ¡todavía una primavera! En un día semejante, pasearse sin una flor en la mano es un pecado, pensaba el estudiante Karsky. Por eso blandía una rama perfumada, como si le hubieran encargado hacer propaganda a la primavera. Con paso liviano y rápido, como para huir lo más pronto del aire frío del ancho pórtico oscuro, iba a lo largo de la vieja calle gris de casas con tejado, saludando al posadero sonriente y obeso

que se hacía el importante delante de la ancha entrada de su establecimiento, y a los niños que, sobre el mediodía, se lanzaban fuera de la estrecha sala de la escuela. Iban primero juiciosamente, de a dos, pero a veinte pasos de la salida el enjambre reventaba en innumerables parcelas, y el estudiante pensaba en esos cohetes que, muy alto en el cielo, se resuelven en estrellas y en bolas de luces.

Con una sonrisa en los labios y un canto en el alma, se apresuraba hacia ese barrio exterior de la pequeña ciudad donde convivían casas de apariencia campesina y confortable y villas nuevas rodeadas de jardincillos. Delante de una de las últimas casas admiró una olmeda sobre cuyos ramajes corría ya un estremecimiento de verdor, como un presentimiento del esplendor próximo. Dos cerezos florecidos hacían de la entrada

un arco de triunfo, en honor de la primavera, y las flores rosa pálido inscribían allí una luminosa bienvenida.

De pronto Karsky se detuvo, como herido de estupor: en medio de la floración, veía dos ojos azules profundos, que soñaban, perdidos en la lejanía, con una beatitud tranquila y voluptuosa. Al principio sólo advirtió esos dos ojos, y fue como si el cielo mismo lo mirara a través de los arboles en flor. Se acercó, maravillado. Una pálida muchacha rubia estaba acurrucada en un sillón; sus blancas manos que parecían asir algo invisible se levantaban claras y transparentes por encima de una manta verde oscuro, que envolvía sus rodillas y sus pies. Sus labios eran de un rojo tierno de flor apenas despuntada, y una leve sonrisa los asoleaba. Así sonrío el niño dormido, la noche de Navidad, con su nuevo

juguete apretado entre los brazos. El rostro pálido y transfigurado era tan bello que el estudiante recordó de pronto viejos cuentos en los cuales desde hacía mucho, mucho tiempo, no había pensado más. Y se detuvo, involuntariamente, como se hubiera detenido ante una madona al borde del camino, invadido por ese sentimiento de gran reconocimiento solar y de íntima fidelidad que sumerge a veces a aquel que ha olvidado la plegaria. Entonces su mirada encontró la de la muchacha. Se contemplaron, los ojos en los ojos, con una comprensión dichosa. Y con un gesto medio inconsciente, el estudiante arrojó por encima de la cerca la verde rama florida que tenía en la mano, y que vino a posarse con un dulce estremecimiento en el regazo de la pálida niña. Las blancas y delgadas manos asieron con tierna prisa la flecha fragante, y Karsky reci-

bió el luminoso agradecimiento de los ojos mágicos, no sin una medrosa voluptuosidad. Luego se fue a través de los campos. Tan pronto volvió a encontrarse en espacio libre, bajo el alto cielo solemne y silencioso, advirtió que cantaba. Era una canción antigua, feliz.

A menudo he deseado —pensaba el estudiante Vinzenz Viktor Karsky— haber estado enfermo durante todo un largo invierno, y regresar lentamente, poco a poco, a la vida, con la primavera. Estar sentado ante mi puerta, lleno de asombro en los ojos, conmovido por un agradecimiento infantil hacia el sol y la existencia. Y todo el mundo, entonces, se muestra muy amable y amistoso, la madre viene a cada momento para besar la frente del convaleciente, y las hermanas juegan alrededor y cantan hasta el crepúsculo.

Pensaba en esas cosas porque la imagen de la rubia y enfermiza Elena volvía sin cesar a su recuerdo, tendida bajo los pesados cerezos en flor y soñando extraños sueños. A menudo abandonaba bruscamente su trabajo y corría hacia la silenciosa y pálida muchacha.

Dos seres que viven la misma dicha se encuentran rápidamente. La joven enferma y Viktor se embriagaban de aire fresco y perfumes primaverales, y sus almas resonaban con igual júbilo. Él se sentaba al lado de la rubia niña y le relataba mil historias, con su voz suave y acariciadora. Lo que decía entonces le parecía extraño y nuevo, y espiaba con arrobado asombro sus propias palabras puras y perfectas, como una revelación. Debía ser algo verdaderamente grande lo que anunciaba; porque la madre de Elena —mujer de cabellos blancos y que debió oír

muchas cosas en el mundo— lo escuchaba con frecuencia, discreta y pensativa, y había dicho cierta vez con una sonrisa imperceptible: «Deberíais ser poeta, señor Karsky».

Sin embargo, los compañeros meneaban la cabeza con aire cuidadoso. Vinzenz Viktor Karsky sólo rara vez iba a su círculo; y cuando iba, callaba, no escuchaba las chanzas ni las preguntas, y se contentaba con sonreír misteriosamente, al resplandor de la lámpara, como si espicara un canto lejano y amado. No hablaba ni siquiera de literatura, no leía nada ya, y cuando intentaban malhadadamente arrancarlo a su ensoñación, rezongaba con brusquedad: «¡Os lo ruego! ¡El Señor tiene verdaderamente huéspedes extraños!».

Todos los estudiantes estaban de acuerdo en considerar que el buen Karsky pertenecía ahora

a la especie más extraña de esos «huéspedes». Ya no hacía sentir su virtuosa superioridad, y privaba a las muchachas de su humanitaria enseñanza. Era para todos un enigma. Cuando, de noche, se le encontraba por las calles, estaba solo, no miraban a derecha ni a izquierda, y parecía preocupado por disminuir el resplandor extrañamente dichoso de sus ojos, e ir a ocultarlo con la mayor prisa a su pequeña habitación solitaria, lejos del mundo.

—¡Qué hermoso nombre llevas, Elena!  
—susurraba Karsky, con voz circunspecta, como si confiara un misterio a la muchacha.

Elena sonreía:

—Mi tío me lo reprocha siempre. Piensa que sólo princesas o reinas debieran llamarse así.

—¡Pero tú también eres una reina! ¿No ves que llevas una corona de oro puro? Tus manos

son como lirios, y creo que Dios debió decidirse a romper un poco de su cielo para hacer tus ojos.

—¡Sentimental! —decía la muchacha, con una mirada agradecida.

—¡Así es como quisiera poder pintarte! —suspiraba el estudiante.

Luego callaban. Sus manos se juntaban involuntariamente, y tenían la sensación de que una forma descendía sobre ellos, llegada desde el jardín atento, dios o hada. Una espera dichosa colmaba sus almas. Sus ávidas miradas se encontraban como dos mariposas enamoradas, y se abrazaban. Luego Karsky hablaba, y su voz era semejante al rumor lejano de los álamos:

—Todo esto es como un ensueño. Tú me has hechizado. Con esa rama florida, yo mismo me he dado a ti. Todo está cambiado. Hay tanta

luz en mí. Ya no sé lo que era antes. No siento ya ningún dolor, ninguna inquietud, no, ni siquiera un deseo en mí. Así imagino siempre la beatitud, lo que está más allá de la tumba...

—¿Tienes miedo de morir?

—¿De morir? ¡Sí! Pero no de la muerte.

Elena llevó dulcemente su mano pálida a su frente. La sintió muy fría.

—Ven, entremos —aconsejó él con ternura.

—No siento mucho frío, y la primavera es tan bella.

Elena pronunció estas palabras con una íntima nostalgia. Su voz tenía la resonancia de un canto.

Los cerezos ya no estaban en flor, y Elena se encontraba sentada un poco más lejos, en la sombra más densa y más fresca de la alameda. Vinzenz Viktor Karsky había ido a despedirse.

Iba a pasar las vacaciones de verano a orillas de un lago lejano, en el Salzkammergut, junto a sus viejos padres. Hablaban como siempre de cosas diversas, de ensueños y de recuerdos. Pero no pensaban en el porvenir. El rostro menudo de Elena estaba más pálido que de costumbre, sus ojos eran más grandes y más profundos, y sus manos temblaban a veces, débilmente, bajo la manta verde oscuro. Y cuando el estudiante se levantó y tomó esas dos manos entre las suyas, con precaución, como se toma un objeto frágil, Elena murmuró:

—Bésame...

El joven se inclinó y rozó con sus labios fríos y sin deseo la frente y la boca de la enferma. Como una bendición, bebió el cálido perfume de esa casta boca, y en ese instante le volvió un recuerdo de su lejana infancia: su madre

levantándolo hacia una madona milagrosa. Se fue entonces, fortificado, sin dolor, por la alameda crepuscular. Se dio la vuelta una vez más, hizo una señal a la niña que lo contemplaba con una sonrisa cansina; luego le arrojó una tierna rosa por encima de la cerca. Elena tendió la mano para asirla, con una pasión dichosa.

Pero la flor roja cayó a sus pies. La joven enferma se inclinó con esfuerzo, tomó la rosa entre sus manos unidas y apretó sus labios sobre sus tiernos pétalos sedosos. Karsky no había visto nada. Con las manos juntas, marchaba entre el resplandor veraniego. Cuando estuvo en su habitación silenciosa, se echó en su viejo sillón y contempló, afuera, el sol. Las moscas bordanaban detrás de las cortinas de tul, una tierna yema había brotado en el alféizar de la ventana. Y de súbito sobrevino en el espíritu del estu-

diante la idea de que ella no le había dicho hasta luego.

Quemado por el sol, Vinzenz Viktor Karsky había regresado de sus vacaciones. Marchaba con paso maquinal por las calles de viejas casas de tejado, sin ver los frontispicios que la luz otoñal volvía violáceos. Era la primera vez que tomaba ese camino desde su retorno, y sin embargo se hubiera dicho que era su trayecto cotidiano. Franqueó la alta verja del apacible cementerio y, aún allí, prosiguió su camino entre los montículos de tierra y las bóvedas como si estuviera seguro de su propósito. Se detuvo delante de una tumba cubierta de césped, y leyó sobre la sencilla cruz: Elena. Había sentido que allí era donde debía ir para encontrarla nuevamente. Una sonrisa de dolor tembló en la comisura de sus labios. Repentinamente,

pensó: «¡Qué avara ha sido su madre!». Sobre la tumba de la muchacha, entre marchitas rosas, no había más que una corona de alambre y de flores de mal gusto. El estudiante fue a buscar algunas rosas, se arrodilló, y recubrió el mezquino alambre con frescos pétalos, hasta que no se vio ya el metal. Luego se fue, con el corazón claro como ese anochecer rojo de precoz otoño, solemnemente expandido sobre los techos. Una hora más tarde, Karsky estaba sentado a la mesa del círculo. Sus viejos compañeros se apretaban alrededor de él, y para responder a su bullanguero deseo, relató su viaje veraniego. Hablando de sus correrías por los Alpes, volvía a encontrar su antigua superioridad. Bebían sus palabras.

—Dinos, pues —dijo uno de los amigos—: ¿qué tenías antes de las vacaciones? Estabas...

cómo decirlo... Vamos, anda, ¡sácanos de esto! Vinzenz Viktor Karsky replicó, con una sonrisa distraída:

—¡Ah! ¡Nuestro Señor...!

—¡... Tiene extraños huéspedes!... —completaron a coro los amigos—. ¡Lo sabíamos ya!

Después de algunos momentos, como nadie esperaba respuesta, agregó, con mucha seriedad:

—Creedme, todo depende de esto: haber tenido, una vez en la vida, una primavera sagrada que colme el corazón de tanta luz que baste para transfigurar todos los días venideros.

Todos estaban tendidos hacia él, como si esperaran algo más. Pero Karsky calló, brillándole los ojos.

Nadie lo había comprendido, y sin embargo sobre todos ellos flotaba como un encanto

misterioso. Hasta que el más joven vació su vaso de un trago, dejándolo ruidosamente sobre la mesa y exclamó:

—¡Creo que os ponéis sentimentales, amiguitos! ¡De pie! Os invito a todos a mi casa. Es más confortable que esta sala de albergue, y además tal vez lleguen algunas muchachas. ¿Vienes tú también? —dijo, vuelto hacia Karsky.

—¡Naturalmente! —dijo alegremente Vinzenz Viktor, y vació con lentitud su vaso.

